

fieles para matarlo. Pero llegado el momento de dar el golpe, el escudero se sintió poseído de tal terror por la enormidad del sacrilegio, que no osó cometerlo: todos vieron en ello *la divina proteccion que cubria con su egida al santo papa*, como dicen los historiadores del tiempo. El escudero se volvió al palacio del exarca, diciéndole que jamás tendria harito valor para atentar á la vida de un tan santo pontífice, á quien Dios mismo defendia. Olimpío, reconociendo la intervencion del cielo, no persistió mas en sus tentativas criminales: fué inmediatamente á echarse á los piés del papa, se lo confesó todo, pidió perdon, lo alcanzó y pasó á la Sicilia con su ejército para pelear contra los Sarracenos que se iban estableciendo allí.

8. El emperador Constante empero no desistió de su maligno intento, á pesar del mal éxito de la primera tentativa: al contrario, deseó asegurar su venganza. Con este objeto se decidió á apoderarse de la persona misma del pontífice, encargando tan triste mision á Teodoro Caliopas, á quien revistió del cargo de exarca de Italia, despues de destituido Olimpío. Los pretextos con que Constante intentaba dar color á sus violencias, se fundaban en ciertas faltas que imputaba á san Martín. Le acusó de herejía y le echaba en cara no honrar á la santísima Virgen como madre de Dios. Esta acusacion de nestorianismo se reproducia continuamente por los Monotelitas y Eutiquianos contra los católicos. Le acusaba en fin de traicion y de haber dado dinero á los Sarracenos. Esta calumnia tomó pretexto de un acto de liberalidad del santo pontífice en favor de los cautivos cristianos hechos por los Sarracenos en Sicilia, para recaste suyo. La malignidad de los enemigos del papa habia falsificado este hecho tan heróico, y se hizo correr la voz en Constantinopla de que el papa habia hecho pasar fuertes sumas de dinero á los Sarracenos para hacer guerra al imperio. Apenas supo estas negras intrigas san Martín, se refugió con su clero en la iglesia de Letran; y estando allí, llegaron á Roma el exarca Teodoro Caliopas y su ayuda de campo Teodoro Peliuro. Estaba el santo papa enfermo y no pudo sa-

lirles al encuentro, como se acostumbraba entonces: y solo envió algunos personajes eminentes de su clero. El exarca se valió desde luego de un ardid; pues que temia no quisiese defenderse el pontífice. Pero habiéndose asegurado de lo contrario por un escrutinio que hizo de toda la iglesia y palacio de Letran, se personó allí con sus soldados. El papa, enfermo, estaba recostado en la puerta de la iglesia; mas los soldados, sin ningun respeto por la majestad del santuario, entraron armados. Caliopas presentó á los sacerdotes y diáconos la órden firmada por el emperador de deponer á Martino y conducirlo á Constantinopla. El clero declaró unánimemente que *la fe de Martino era la sola ortodoxa*. Caliopas, fingiendo cumplir á su pesar esta mision, protestó que *él no profesaba de modo alguno otra creencia, pero que se veia forzado á obedecer las órdenes rigurosas del emperador*. El santo pontífice no opuso la mas leve resistencia, á pesar de los consejos y súplicas de la mayor parte de los miembros del clero. « Mas quiero morir diez veces, dijo, que ser causa de que muera un solo hombre. » Pidió por sola gracia, que le fuese permitido llevar consigo para acompañarle los miembros de su clero que él escogiera. Le fué otorgada ostensiblemente esta demanda, salvo reservarse Caliopas eludirle. Al dia siguiente hizo embarcar al papa en el Tiber de noche, y así que hubo salido de Roma, se cerraron las puertas para que nadie de los suyos intentara seguirle.

9. Llegados á la isla de Naxos, los guardas del papa le soltaron allí, y se quedó un año. Es indecible lo que padeció el santo pontífice en este viaje, y solo tuvo algun alivio en Naxos. Apenas desembarcado, los obispos y habitantes del país le acogieron con la mas profunda veneracion: le colmaron de presentes y de cuanto podia suavizar su situacion; mas la crueldad de sus guardas inutilizó estos atentos y caritativos servicios. Porque los soldados robaban en presencia suya todo cuanto le venia de la caridad de los fieles, y le abrumaban con insultos y malas palabras, y aun llegaron hasta maltratar á los que, movidos de su heróico celo filial, venian de muy lejos á



consolarle. « El que quiere á este hombre, decian, es enemigo » del Estado. » Dejó por fin el papa á Naxos y arribó á Constantinopla. Se le dejó recostado en una camilla, desde las cuatro de la mañana á las cuatro de la tarde, entregado á los insultos del populacho. Se le trasladó de allí á una cárcel, donde permaneció tres meses. Escribió en ella dos cartas al exarca, justificándose de las acusaciones con que lo calumniaban. En una de esas cartas hace relacion de las vejaciones que padecia, y acaba con estas tan tiernas expresiones : « Mas espero en » Dios, que lo ve todo : y cuando me saque de esta vida, » se dignará compadecerse de los que me persiguen y les dará » la gracia del arrepentimiento. » Pasados tres meses de riguroso encarcelamiento, fué llevado el papa al aposento del tesorero, porque la enfermedad no le permitia andar. El senado habia recibido de Constante la orden de reunirse para proceder contra el santo Padre : se querian observar algunas formas exteriores de un juicio regular en una causa donde se hollaban impiamente los derechos mas sagrados. El tesorero mandó al papa estuviese de piés mientras el interrogatorio ; lo cual era refinada crueldad, pues que el papa san Martin no podia por sus achaques : fué pues sostenido por dos soldados, y en esta humillante postura sufrió el mas brutal interrogatorio.

10. Mostróse este de paciencia y mansedumbre admirable. El tesorero fué el primero que dirigió la palabra al santo mártir : « Responde, infame, decia el satélite, ¿qué mal te ha » hecho el emperador? ¿Ha confiscado tus bienes? ¿Te ha » oprimido con violencia? » Martin calló, porque los hechos pregonaban las injusticias. El tesorero repuso coléricamente : « ¿Nada respondes? Pues bien, van á entrar tus acusadores. » Eran como unos veinte, casi todos soldados y de la plebe. A su vista dijo el papa sonriéndose : « ¿Son estos vuestros testi- » gos? este vuestro enjuiciamiento? » Luego, dirigiéndose á los magistrados al dar juramento, les dijo : « En nombre de » Dios os suplico no tomeis juramento á estos hombres. Digan » lo que se les antoje : y haced lo que se os está mandado.

» ¿Qué necesidad hay de que agraven el estado de sus al- » mas? » El primer falso testigo, señalando al papa con el dedo, exclamó : « Si tuviera cincuenta cabezas, mereceria perderlas » por haber conspirado en el Occidente contra el emperador, » de consuno con Olimpio el exarca. » Martino respondió que jamás habia faltado para con el emperador en materia política ; pero que no podia obedecerle con peligro de la fe. « No nos » hableis de la fe, repuso el calumniador : solo se trata aquí » del crimen de Estado. Todos somos cristianos y ortodoxos, » los Romanos y nosotros. — ¡ Ojalá fuera así ! respondió el papa. » Pero en el dia del juicio yo daré testimonio contra vosotros » respecto de la fe. — Mas ¿porqué no tratásteis de disuadir á » Olimpio, le replicaron, cuando veiais que hacia traicion al » emperador? — ¿Cómo hubiera podido yo resistir, respondió » el papa, á Olimpio que disponia de todas las fuerzas de Ita- » lia? ¿Soy por ventura yo quien le hizo exarca? Concluyo con » suplicaros en nombre de Dios, consumeis cuanto antes la » mision de que estais encargados. Dios es testigo de que me » preparais buena recompensa. »

11. Concluido el interrogatorio y la sumaria, el tesorero ó sacelario, acercándose al santo pontífice, consumó su atentado atreviéndose á golpear con sus propias manos al unguido del Señor. Constancio veia todo esto desde un sitio donde no era visto. Un soldado, por orden del sacelario, rasgó las vestiduras del papa, despojándole de todos sus ornamentos pontificales. Reducido á completa desnudez, el santo mártir fué cargado de cadenas y mal llevado por las calles de la ciudad. En medio de tantos ultrajes, su grande alma conservaba la mayor serenidad, presentando sus mejillas á los sayones y rogando por ellos. Llegado al pretorio, fué echado á un calabozo donde se encarcelaba á los ladrones y asesinos : dejósele un dia entero sin comida ni bebida : acaeció caer muy enfermo el patriarca Paulo, y yéndole á ver el emperador, creyendo darle placer, le contó cuanto se habia hecho contra el papa. Mas Paulo, volviéndose de horror hácia la pared y lanzando un suspiro, exclamó : « ¡ Ah, príncipe ! Eso mismo va á sellar mi



» condenacion : » y murió ocho días después. Fué restablecido en la silla de Constantinopla Pirrho, mas solo gozó del fruto de su apostasia cinco meses, pues murió al sexto mes. — No se atrevia empero el emperador á consumir su crimen, haciendo matar á su ilustre víctima, y confinó al papa al Quersoneso Táurico. Antes de su partida, los fieles lograron permiso de despedirse del pontífice mártir, y no pudieron menos de prorumpir en sollozos y suspiros á la vista de un papa cargado de grillos, y atormentado de una larga y cruel enfermedad. San Martin, solo sereno entre tantos atribulados, les dijo : « Hijos míos, estas tribulaciones son mi corona : ¿ porqué en lugar de llorarme no os regocijais de mi dicha? » — Llegó el papa á su destierro en mayo de 655. Sus achaques se aumentaron con el maltrato. « El hambre y la escasez, escribia el » papa al clero de Roma, son tales, que no se encuentra un » pan en este país. » Tenia derecho, sin duda, á que la Iglesia romana, de cuyas limosnas habia dispuesto con tanta generosidad como discrecion, no permitiera viviese en tal situacion : y así lo hizo; pero las persecuciones de Constante impidieron que nada pudiera llegarle. Hé aquí cómo se explica el papa en su destierro : « No solo me hallo separado del » mundo en esta enorme distancia, sino que estoy como sepultado vivo en medio de un pueblo casi todo pagano, y totalmente desapiadado, mas inhumano que los mismos Bárbaros. Solo nos llegan algunos viveres de fuera, y solo he » podido lograr un almud de trigo por cuatro sueldos de oro. » Es tan cierto como extraordinario que no me llega socorro » alguno, mas yo bendigo al Señor que mide mis padecimientos segun su santísima voluntad. Yo le pido, por intercesion de san Pedro, os conserve incontrastables en la fe ortodoxa, *y en especial el pastor que os gobierna ahora*. Por lo » que hace á este cuerpo miserable, el Señor dispondrá de él » como le plazca : está conmigo, ¿ de qué me quejo pues? Yo » espero en su misericordia que terminará muy pronto mi carrera. »

12. El pastor á quien aludia san Martin en su carta al clero

romano, era Eugenio, quien le sucedió mas tarde, y á quien los Romanos, temiendo verse en manos de un papa monotelita, le habian elegido para gobernar la Iglesia durante el cautiverio de san Martin. Las palabras de este santo que hemos citado, parecen indicar que Eugenio I era ya verdadero soberano pontífice, lo que sin duda no hubiera podido ser sin consentimiento y voluntaria dimision del legítimo pastor. Baronio y otros piensan que Eugenio I solo fué vicario de la Santa Sede mientras la vida de Martin, y que comenzó á ser realmente pontífice á la muerte de este. Lo cierto es que san Martin no reclamó contra su autoridad, sea que la tuviese delegada de él, sea que fuese verdadero titular. Es pues claro que no cesó un instante la autoridad visible de la Santa Sede en la Iglesia, aleguen cuanto quieran los enemigos de la indefectibilidad de la sucesion de Pedro. El cautiverio y persecucion de san Martin explican sobrado la desaparicion de piezas históricas acerca de este incidente.

13. No tardaron en realizarse los deseos del augusto desterrado : subió al cielo el 16 de setiembre de 655, mártir de la fe, que tan valerosamente habia defendido. Mas de una vez tendremos ocasion de ver otros *Constantes* y otros *Martinos*, y especialmente en época poco remota. La victoria ha quedado siempre por la verdad; y la fuerza brutal se ha sumergido en los torbellinos políticos.

§ IV. PONTIFICADO DE EUGENIO I (16 de setiembre de 655-1.º de junio de 658).

14. No quedó vacante la Santa Sede por muerte de san Martin. San Eugenio I continuó gobernando la Iglesia, con la cordura, sabiduría y moderacion convenientes á las dificultísimas circunstancias en que se hallaba. Pedro, que acababa de suceder á Pirrho en el patriarcado de Constantinopla, y que no era menos fautor de los Monotelitas que sus dos antecesores, creyó sorprender la buena fe del nuevo papa enviándole, segun costumbre, una epístola sinodal, esto es, letras de comunion, llenas de protestas equívocas acerca de las dos